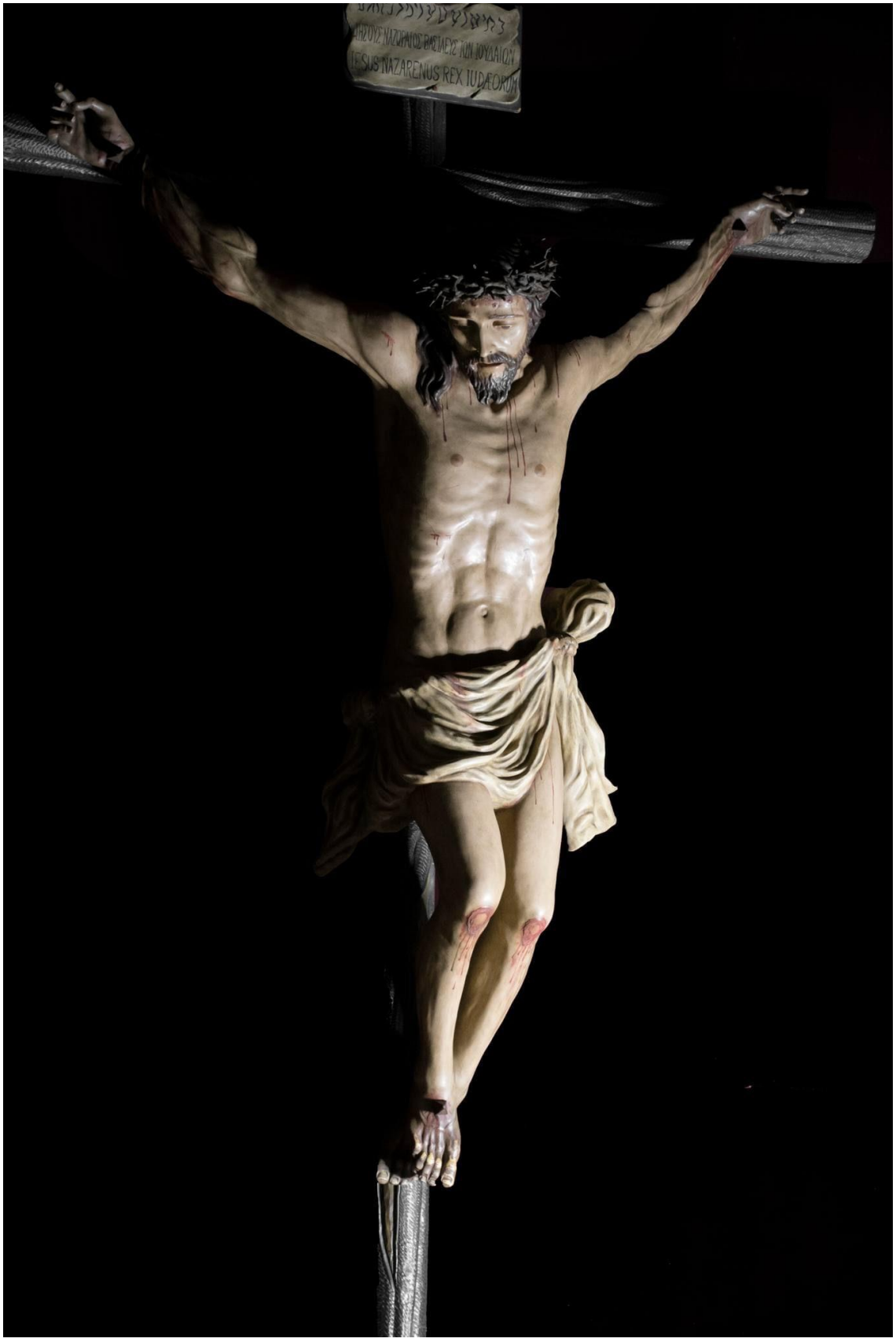
EXALTACIÓN A LA SANTA CRUZ

Dedicado al Santísimo Cristo del Amor.



LA CRUZ DEL REDENTOR.

Cruz de madera, santa y sagrada,
en ti descansa la luz del cielo,
fuiste en su día árbol de muerte,
hoy eres signo de amor eterno.

De dos maderos se alzó tu altura,
en el Calvario, monte sagrado,
donde la sangre, pura entrega,
del Redentor fue derramada.

En tus brazos, Cristo inclinado,
cargó los pecados del mundo entero,
y en su agonía, alzado al viento,
el cielo y la tierra unió en un beso.

Cruz bendecida, puerta del cielo,
fuiste el altar de la redención,
donde el Cordero, inmolado y santo,
nos dio la vida, nos dio el perdón.

Oh, Cruz gloriosa, firme estandarte,
que en la derrota nos das victoria,
en tu madera, dolor y gracia,
en ti renace nuestra esperanza.

Eres la llave que abre el cielo,
eres la senda hacia la verdad,
en ti abrazamos nuestra pobreza,
en ti morimos para resucitar.

Cruz de Cristo, siempre elevada,
en ti contemplamos el amor más fiel,
que, en cada herida de tu madero,
se nos revela un Dios que es fiel.

Por eso hoy te exaltamos, Cruz preciosa,
con nuestros labios y corazón,
tú eres la fuente de toda vida,
tú eres el signo de la salvación.

Reverendo Padre José Antonio Capurro párroco de esta sede canónica y director espiritual de esta querida Hermandad del Santísimo Cristo del Amor, nuestra Señora de la Esperanza, Santa María Magdalena y San Bernardo Abad, Señor presidente del Consejo de Hermandades y cofradías, Hermana Mayor mi querida Mayte y Junta de Gobierno, dignísimos representantes del Consejo Local de Hermandades y cofradías, Dignos representantes de las Hermandades de nuestra Ciudad, devotos todos del Santísimo Cristo del Amor y nuestra Señora de la ESPERANZA señoras y señores.

En primer lugar quiero dar las gracias a mi presentador mi querido amigo Juan Antonio Ruiz Montalba por sus palabras y su cariño y su siempre predisposición a todo lo que le encomiendo jejej por supuesto dar las gracias a esta junta de gobierno por confiar en mí en este cometido que es Exaltar la Cruz de nuestro señor Jesucristo árbol de la vida un signo que en aquellos tiempos era terror para todos aquellos que la contemplaban y que para nosotros los cristianos es un símbolo de amor de Dios con los hombres , es un signo de Redencion y sobretodo de MISERICORDIA.

Gracias de todo corazón a todos y espero de verdad estar a la altura y ser un digno exaltador para exaltar la gloriosa cruz de nuestro Señor.

Exaltar es dejar que fluya el amor por la verdad cuando se busca y se encuentra. Dejar que fluya el pensamiento y el sentimiento de gratitud que impregna toda certeza, cuando ésta ilumina el corazón y el rumbo de un pueblo o este barrio que nos acoge, en el que sus hijos han unido sus destinos en una fraternidad duradera.

Exaltar es dejar que el alma hable, para contar algo importante y valioso, arriesgando a que también lo sea para quienes guardan su palabra.

Exaltar es confiarse y confesarse, confiando y confesando una verdad que nos transciende y nos envuelve, y que al final, nos libera, nos serena, nos pacifica, nos plenifica. Por eso el pueblo cristiano, desde tiempo inmemorial, enraizado en la cultura de cada lugar y de

cada tiempo, al disponerse a celebrar las fiestas que dan sentido a todas sus vivencias transmitidas de generación a generación, por eso pregonamos nuestras fiestas y exaltamos a los reyes de nuestras almas en esta casa el santísimo cristo del amor y nuestra Madre y reina de la Esperanza.

Y le es imposible, sin remedio, aunque quisiese evitarlo, dejar de pregonar el sentir común de una suplicante y emocionante certeza, la certeza de poder revivir el relato de la salvación de todos y cada uno de los hombres.

Y mal Exaltador o pregonero sería si, como discípulo de Cristo, no viera el mundo que mendiga su salvación, y no le viera a Él mendigando la conversión del mundo. Y mal exaltador o pregonero sería sino viera como en un mundo como éste, Él se levanta, desde la nobleza del amor que es la majestuosidad de su cruz, y lo abraza. Porque…

EN UN MUNDO COMO ÉSTE, en el que parece que nadie se preocupa por nadie, en el que fingimos que sólo nos mueve el interés, Cristo en la Cruz nos habla de un hombre que sufre de amor por Dios, pero sobre todo de un Dios hecho hombre que sufre de amor por el hombre.

EN UN MUNDO COMO ÉSTE, en el que corremos de un lugar a otro como caballos desbocados, sin rumbo ni destino seguros, en el que el tiempo se nos pasa sin poder apenas percibirlo; en el que la vida nos adelanta cada vez más rápidamente, Cristo en la Cruz nos detiene, nos mira, nos obliga a mirarle, y en Él mirarnos a nosotros mismos, y abrazar su vida en el límite de la vida, y sólo así, por fin, vivirla.

EN UN MUNDO COMO ÉSTE, en el que a veces el hombre se convierte en el peor enemigo de si mismo, en el que el hermano lucha contra el hermano, en el que el rencor nubla la vista y oscurece el corazón, Cristo en la cruz sella el pacto de la paz eterna, que no es la paz del poder y de la opresión, sino la paz de la unidad y la libertad.

En un mundo en el que unos pocos viven esclavos de la posesión, y en el que muchos viven esclavos del olvido y del empobrecimiento, Cristo en la Cruz descubre a los primeros su mortal pobreza, mientras colma de riquezas imperecederas al pobre compadecido en su dignidad.

En un mundo en el que, hasta lo más hermoso, la huella más palpable del Creador en la creatura, que es el amor de una madre por sus hijos, a veces se ve ofuscado y traicionado por una silenciosa deshumanización, Cristo en la Cruz abraza con ternura al niño que no vio la luz, y hace suyo el sufrimiento que hasta a los verdugos de tal ignominia aflige, y les ofrece su perdón.

En un mundo que finge no necesitar de Dios, y que anda, entre engañado y asqueado, errante probando y desechando sucedáneos de sentido, Cristo en la Cruz lo atrae con su silencio y lo confunde con su grito de abandono, mostrándole que tanto es el amor que Dios le tiene, que hace suya hasta su propia ausencia y oscuridad. ¡Locura del Amor!

En un mundo en el que parece que el mal siempre triunfa y el bien siempre pierde, en el que parece que la belleza siempre languidece ante la fealdad, en el que parece que la verdad se disuelve en una cascada de dudas e incertidumbres, Cristo en la Cruz, hasta en medio de tal suerte de mentiras, aberraciones y vilezas, nos ofrece la mirada más verdadera jamás advertida, la bondad más sublime jamás mostrada, la belleza más fascinante jamás contemplada.

En un mundo en el que hay tanto bien interminable pero escondido, prodigado pero silenciado, tan luminoso y a veces tan ocultado, Cristo en la Cruz brilla como un espejo en el que todos pueden ver el horizonte victorioso del bien, en la esperanza cierta de la Resurrección.

EN UN MUNDO COMO ÉSTE, que grita Dios en silencio, el silencio de una pasión que susurra una certeza, una provocación, una admiración: Cristo en la Cruz es el único Dios verdadero, allá en el cielo, acá en la tierra, él único Dios capaz de saciar el anhelo del hombre, en un mundo como éste.

RESEÑA HISTORICA.

La Exaltación de la Santa Cruz es una fiesta religiosa de la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y otras confesiones cristianas. En ella se rememora y se honra la Cruz en la que fue crucificado Jesús de Nazaret. La fecha de esta celebración es el 14 de septiembre. Hay otra fecha relacionada con el tema de la Cruz de Gólgota, es la invención de la Santa Cruz, que se celebra el 3 de mayo. En esta festividad el cristiano recuerda el papel central que juega la Cruz en su vida, respondiendo al llamado de Jesucristo: "— Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga". (Mateo, 16, 24).

La Iglesia católica, muchos grupos protestantes y ortodoxos celebran la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz el 14 de septiembre, ya que ese día es el aniversario de la consagración de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en el año 335 de la era actual, tras haber sido descubierta la cruz por Santa Elena. También se dice que ese día se conmemora la recuperación de la Cruz por Heraclio en el 628 de manos de los persas, quienes la habían llevado a Ctesifonte tras tomar Jerusalén en 614.2

LA CRUZ GLORIOSA

En el madero sagrado,
donde el amor se entregó,
Cristo, nuestro fiel Amado,
la vida por todos dio.

En la cima del calvario,
con su sangre redentora,
el Señor se hizo santuario,
la luz de la aurora.

La cruz, emblema divino,
de dolor y de victoria,
nos recuerda el camino
a la eterna gloria.

Oh, madero de esperanza,
que sostiene nuestra fe,
en ti hallamos la bonanza,
la paz que siempre se ve.

Exaltamos tu presencia,
Cruz de amor y redención,
en ti hallamos la esencia
de nuestra salvación.

Eres símbolo y promesa,
de vida, perdón y amor,
la cruz es la fortaleza,
del alma que sufre dolor.

Hoy cantamos con fervor,
y en tu sombra nos postramos,
Cruz bendita del Señor,
en ti siempre confiamos.

Que tu luz nos guíe siempre,
en la senda del bien puro,
y que el alma no tiemble,
ante el oscuro futuro.

Exaltamos tu memoria,
Cruz de Cristo, Redentor,
tú nos llevas a la gloria,
al encuentro con el Señor.

Al contemplar la cruz de nuestro Señor Jesucristo es inevitable meditar tres misterios y momentos importantes.

1. EL SACRIFICIO REDENTOR DE CRISTO Y SU RELACIÓN CON LA EUCARISTÍA:

El Sacrificio de Cristo en la Cruz es el acto central de nuestra salvación, un acto de amor absoluto y redentor. En la Cruz, Jesús ofrece su vida como expiación por los pecados del mundo, sellando una nueva alianza entre Dios y la humanidad. Esta entrega se hace presente en la Eucaristía, donde el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ofrecidos en la Cruz, se hacen realmente presentes en cada celebración del sacramento. La Eucaristía nos permite participar de este sacrificio redentor y renovar nuestra unión con Cristo, recordando el precio de nuestra salvación y fortaleciendo nuestra vida cristiana.

2. LA MATERNIDAD DE NUESTRA MADRE A LOS PIES DE LA CRUZ:

En el momento crucial de la crucifixión, María, la Madre de Jesús, permanece firme al pie de la cruz, compartiendo el sufrimiento de su Hijo y demostrando su amor incondicional. Su presencia allí subraya su papel como Madre de la Iglesia, intercediendo por todos nosotros y ofreciendo su maternidad espiritual a cada creyente. Ella es testigo de la máxima expresión del amor divino y nos invita a aceptar su protección y guía en nuestro camino de fe.

3. LA CRUZ COMO SÍMBOLO Y SIGNO:

La Cruz no es solo un instrumento de tortura, sino un símbolo de victoria y esperanza. Es un signo de la redención y del triunfo del amor sobre el pecado y la muerte. En la Cruz, el mal es transformado en bien, y la muerte en vida eterna. Para los cristianos, la Cruz es un recordatorio constante del sacrificio de Cristo y del llamado a vivir en amor y sacrificio. Representa el camino a seguir, un signo de nuestra identidad cristiana y un emblema de la fe que nos une en el seguimiento de Cristo.

Estos puntos destacan la profundidad de la celebración de la Exaltación de la Cruz, recordándonos el sacrificio de Cristo, la maternidad de María, y el significado transformador de la Cruz en nuestra vida de fe.

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ Y LA EUCARISTIA.

La Eucaristía es el misterio sublime y central de nuestra fe, una celebración en la que el sacrificio de Cristo en la Cruz se hace presente y tangible en cada altar. En el pan y el vino consagrados, encontramos no solo un recuerdo, sino una profunda unión con el sacrificio redentor que Jesucristo ofreció en el Calvario.

La Crucifixión de Cristo representa el momento culminante del amor divino, donde la entrega total y desmedida de Jesús por la humanidad nos revela la profundidad del amor de Dios. En la Cruz, Cristo carga con el peso del pecado y el sufrimiento del mundo, transformando el dolor en salvación y la muerte en vida eterna. Su sacrificio no es un acto aislado, sino el punto de partida de una nueva alianza entre Dios y la humanidad.

La Eucaristía, al ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo, es una invitación constante a entrar en la realidad de este sacrificio. Cada celebración es un encuentro personal con el amor de Dios, que se ofrece a nosotros de manera íntima y renovadora. Al participar de la Eucaristía, no solo recordamos el sacrificio en la Cruz, sino que nos unimos a él, hacemos nuestra la entrega de Cristo y renovamos nuestro compromiso de vivir según Su ejemplo.

El vínculo entre la Crucifixión y la Eucaristía es profundo y conmovedor. En la Última Cena, antes de su pasión, Jesús instituyó el sacramento que sería el memorial de Su sacrificio, diciendo: “Haced esto en memoria de mí.” Este mandato no es solo una orden, sino una invitación a entrar en la dinámica de Su amor sacrificado y a experimentar en nuestra vida cotidiana la plenitud de Su gracia.

Al reflexionar sobre la Eucaristía y la Crucifixión, somos llamados a reconocer la grandeza del amor que nos sostiene, que nos perdona y nos transforma. Cada vez que nos acercamos al altar, lo hacemos con la conciencia de que estamos recibiendo el amor de Cristo en Su forma más pura, un amor que nos redime y nos llena de esperanza.

Que la Eucaristía nos recuerde siempre el sacrificio de la Cruz y nos impulse a vivir con gratitud, amor y generosidad. Que este sacramento nos transforme y nos haga verdaderos discípulos de aquel que, en la Cruz, mostró el amor más grande que jamás se haya conocido.

EL SACRIFICIO Y LA EUCARISTÍA

En el monte del Calvario, en la cruz de dolor,
Cristo entregó su vida, por puro y santo amor.
Con clavos y con espinas, su cuerpo se quebró,
y en cada gota de sangre, nuestra redención brotó.

Mirad cómo se inclina, el Rey crucificado,
en silencio nos ama, por todos maltratado.
El cielo se oscurece, la tierra tiembla en llanto,
y en ese madero santo, nos salva con su encanto.

“Padre, perdónalos”, sus labios pronunciaron,
y en ese acto divino, sus brazos nos amaron.
El dolor lo consumía, pero el amor fue más fuerte,
y nos dio vida nueva, al enfrentarse a la muerte.

Pero su amor no acaba en ese instante cruel,
en cada Eucaristía, Él se ofrece fiel.
En el pan consagrado, su cuerpo se nos da,
y en el vino precioso, su sangre siempre está.

Es la cruz que se extiende, es la mesa del Señor,
es la promesa viva de su eterno amor.
Cada Misa renueva ese sacrificio santo,
donde el cielo nos toca y alivia nuestro llanto.

Oh Cristo sacrificado, oh Eucaristía viva,
tu entrega nos transforma, tu gracia nos cautiva.
Nos llamas a la mesa, a compartir tu paz,
y en cada comunión, tu amor nos das.

El misterio se revela en cada altar bendito,
donde el pan se convierte en manjar infinito.
Y en el vino que bebemos, tu sangre redentora,
nos limpia, nos renueva, nos sana y nos mejora.

En la cruz nos diste todo, en la Eucaristía más,
nos invitas a tu vida, nos llenas de tu paz.
Oh, Cordero inmolado, oh, Jesús Salvador,
en tu muerte y en tu mesa, nos ofreces tu amor.

Que nunca te olvidemos, que siempre te busquemos,
en la cruz y en la hostia, tu amor eterno hallaremos.
Que vivamos tu mensaje, que sigamos tu sendero,
en el sacrificio y en la mesa, eres nuestro alimento.

EL DOLOR DE LA CRUZ, EL AMOR NO CORRESPONDIDO.

Hoy, quisiera llevaros a un momento de profunda reflexión, a ese instante crucial en la historia de la humanidad, cuando nuestro Señor Jesucristo, clavado en la cruz, sintió el peso del dolor más inmenso. No solo era el sufrimiento físico, sino el tormento de un amor no correspondido, de un amor ofrecido en sacrificio, un amor que muchos rechazaron y aún rechazan.

Allí, en el Gólgota, Cristo, con su cuerpo desgarrado y su espíritu agobiado, entregó todo por nosotros. Sus manos y pies fueron traspasados por clavos, su frente coronada de espinas, su costado abierto por la lanza. Cada gota de sangre derramada fue una muestra de su amor infinito, de su deseo de redimirnos, de su anhelo de abrazarnos a todos en su misericordia.

Pero, ¿qué es el dolor de la cruz, sino el dolor del amor no correspondido? Es el dolor de quien ama con todo su ser, con toda su fuerza, y no recibe en respuesta más que indiferencia, rechazo, y a veces, desprecio. Es el dolor de mirar a los ojos de aquellos a quienes más amas y ver en ellos la frialdad o la distancia. Cristo, en su divinidad, experimentó este dolor humano en su máxima expresión, porque su amor por nosotros es infinito, y sin embargo, tantos le volvieron la espalda.

En ese madero, Jesús vio a los que le insultaban, a los que le abandonaron, a los que no comprendieron su sacrificio. Sintió el peso del pecado del mundo, de todos los pecados, incluso el de aquellos que nunca lo reconocerían como su Salvador. Es el dolor de un amor que no encuentra eco, que no halla respuesta en el corazón del ser amado.

Imaginemos, por un momento, el desgarro de su alma al ver que su amor, tan puro, tan verdadero, no era acogido por muchos. Es como aquel que ama intensamente y, en lugar de recibir amor, se enfrenta a un corazón cerrado, que no corresponde a ese sentimiento, que no entiende o no quiere entender la grandeza de lo que se le ofrece.

Pero incluso en ese dolor, nuestro Señor no dejó de amar. Desde la cruz, pronunció palabras que solo el amor más puro podría expresar: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. En su agonía, en lo mas alto de su sufrimiento, Jesús mostró que su amor no depende de nuestra respuesta, que su amor es incondicional, un amor que no se cansa, que no se detiene ante el rechazo, un amor que es capaz de perdonar y seguir amando, aunque no sea correspondido.

Este es el misterio que contemplamos hoy: el amor de Cristo que, aun en medio de la cruz, permanece fiel, permanece vivo, sigue siendo un faro de esperanza para todos. Es el amor que nos invita, que nos espera, que nunca se apaga, aun cuando nosotros, en nuestra pequeñez, a veces lo ignoramos o lo rechazamos.

Amigos, que hoy reflexionemos sobre ese amor inmenso que Cristo nos ofrece, y que nos inspire a corresponderle con todo nuestro corazón. Que no dejemos que su sacrificio sea en vano, que abramos nuestros corazones para acoger ese amor que nos redime, que nos salva, y que nos llena de la verdadera paz.

Porque, al final, el dolor de Cristo en la cruz nos muestra que el amor verdadero no depende de la respuesta del otro; es un don, un regalo que se ofrece sin condiciones. Es el amor que transforma, el amor que da sentido a nuestra vida, el amor que nos hace libres.

AMOR NO CORRESPONDIDO EN LA CRUZ CLAVADA

En la cruz clavada, bajo el cielo en penumbra,
el amor de Jesús, sin respuestas, se encumbra.
Manos y pies traspasados, el cuerpo en agonía,
demuestran un amor que no encuentra sintonía.

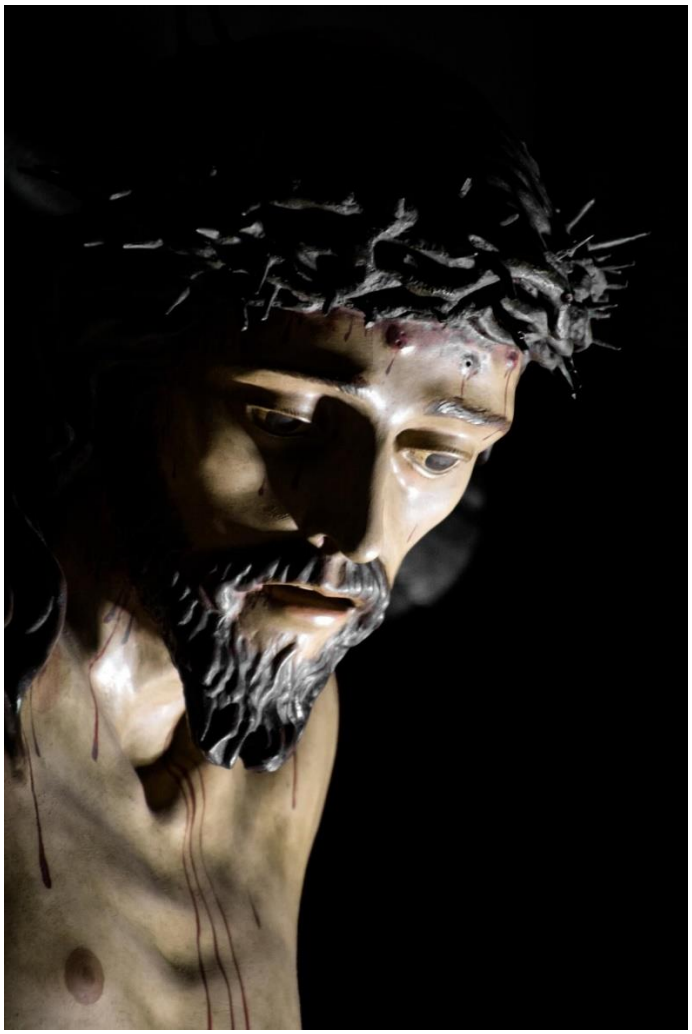
El sacrificio supremo en madera inmortal,
es el grito mudo de un amor tan real.
Mientras el mundo gira, indiferente al dolor,
Él ofrece Su vida, un acto sin rencor.

El rostro desfigurado, la mirada perdida,
sufre en silencio, por una humanidad perdida.
Sus palabras de perdón, son un eco en el vacío,
resuenan en el aire, donde no hay un desvío.

Oh, amor no correspondido, tan vasto y sincero,
que en la cruz se revela, en el silencio entero.
El corazón abierto, sin espera ni demanda,
ofrece la redención, sin que el mundo lo haga.

La cruz es el testimonio de un amor fiel,
que no pide retorno, ni consuelo fiel.
En la agonía, Jesús nos muestra el verdadero querer,
amar sin condición, aún sin poderlo ver.

Hoy, alzamos nuestros corazones, en la luz del sacrificio,
reconociendo el amor que, en la cruz, no pide beneficio.
Que en cada cruz que llevamos, podamos también reflejar,
ese amor infinito, que en la cruz supo esperar.



LA MATERNIDAD DE LA VIRGEN A LOS PIES DE LA CRUZ

En el Gólgota, donde la Cruz se erige como el símbolo supremo del amor y el sacrificio, María, la Madre de Jesús, se encuentra a los pies del madero, en una postura de profunda maternidad y dolor. Su presencia allí es un testimonio conmovedor de la fe y el amor maternal que, aun en medio del sufrimiento más profundo, se mantiene firme y llena de esperanza.

María, la Madre del Salvador, no solo da a luz al Hijo de Dios, sino que también comparte en la crucifixión de su sacrificio. Su maternidad en ese momento crucial es un acto de amor absoluto y de entrega total. Mientras Jesús padece en la Cruz, María sufre con Él, compartiendo el dolor de la humanidad redimida y participando de la profunda agonía de la redención.

A los pies de la Cruz, María no es una figura pasiva; ella es un símbolo de la fortaleza y la valentía maternal. En su presencia silenciosa y sufriente, vemos el cumplimiento de las profecías y el profundo dolor del corazón de una madre que, aún en la agonía de su Hijo, se mantiene firmemente en oración y en fe. Su maternidad se convierte en un puente entre el sacrificio de Cristo y la humanidad que recibe la salvación.

En la figura de María al pie de la Cruz, encontramos un modelo de entrega incondicional y de amor que trasciende el sufrimiento. Su fidelidad y coraje nos invitan a reflexionar sobre nuestra propia capacidad de amar, incluso en los momentos más oscuros y dolorosos. María nos enseña que el verdadero amor implica estar presente en el sufrimiento y en la prueba, acompañando a aquellos que amamos con una fe inquebrantable.

En la escena del Calvario, María se convierte en la Madre de todos nosotros, acogiendo a la humanidad en su dolor y en su esperanza. Su maternidad, extendida a través del sacrificio de Cristo, nos recuerda que el amor verdadero no conoce límites y que la gracia de Dios se manifiesta incluso en las pruebas más duras.

Que, al contemplar a María a los pies de la Cruz, podamos encontrar inspiración y fortaleza para enfrentar nuestras propias dificultades con la misma fe y valentía. Que su ejemplo nos impulse a vivir un amor que, como el de ella, es capaz de sostenernos y guiarnos incluso en los momentos más oscuros.

MADRE AL PIE DE LA CRUZ

En la cima del dolor, junto al madero,

donde el cielo y la tierra se entrelazan,

está la Madre, en silencio eterno,

con su corazón de espinas abrazada.

María, en su pureza inmaculada,
mira a su Hijo, alzado en la cruz,
y en su alma, una espada clavada,
lleva el peso de un amor sin luz.

Su mirada es un mar de llanto,
sus manos, abiertas en oración,
en su pecho guarda el canto
del "sí" que entregó en la Anunciación.

Madre doliente, madre sufriente,
en ti se cumple la promesa fiel,
de ser la madre del Dios viviente,
y ahora en la cruz, del hijo de Israel.

No hay dolor más hondo ni más santo,
que el que llevas al pie de la cruz,
tú eres la madre que da el encanto,
de transformar la muerte en luz.

Madre de todos, en tu quebranto,
nos acoges bajo tu manto fiel,

y en tu dolor, el mundo entero
encuentra consuelo y dulce bien.

Tus lágrimas son perlas de gracia,
que riegan el árbol de la redención,
y en tu silencio, nace la esperanza,
que, en tu Hijo, hay resurrección.

María, madre, flor del calvario,
tu maternidad es nuestro amparo,
y en la cruz donde el Amor se entrega,
tu fe nos guía, mi reina de San Bernardo.

Tus lágrimas caen, perlas de fe,
sobre el suelo de La Línea llorado,
mientras el Cristo en su cruz se ve,
entregando su vida por el pueblo amado.

Tu esperanza, madre, es nuestra guía,
en la sombra del dolor y la cruz,
nos enseñaste, con tu santa valentía,
que después del calvario viene la luz.

En esta Hermandad, eres el faro,
que ilumina nuestras noches de aflicción,
Virgen de la Esperanza, eres el amparo,
del pueblo que busca en ti redención.

LAS ULTIMAS HORAS EN LA CRUZ

Agonizando en la Cruz, las heridas te sangraban, mientras María, tu Madre, con dolor por ti lloraba

Con gran odio en la Cruz vinagre aguado te daban;

siendo tú el Hijo de Dios, y no los castigaba.

En la Cruz tú expirabas, y tu corazón latía, y tú, mirando al Cielo, clemencia a Dios pedías.

Cuando clemencia pedia, el Padre le contestaba:

Hijo, éste era tu sino.

Pensado y escrito estaba.

Divino tú, Padre mío, que sufriste la Pasión;

te enclavaron en la cruz, siendo tú el hijo de Dios.

Bendito seas Dios mío.

Bendito sea tu Santo Nombre,

Bendito seas Jesucristo, verdadero Dios y Verdadero Hombre.

Bendito sea el nombre de Jesús.

Bendito sea su Santísimo Corazón.

Bendita sea tu Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar

Bendito seas tú…Mi Cristo del Amor.

LAS CRUCES DE CADA DÍA

En la vida de cada uno de nosotros, las cruces diarias se presentan como desafíos y pruebas que, aunque difíciles, tienen el potencial de transformarnos y acercarnos más a Dios. Estas cruces, que varían en forma y tamaño, desde dificultades personales hasta preocupaciones

cotidianas, nos invitan a una profunda reflexión sobre su significado y nuestra respuesta ante ellas.

LA CRUZ COMO OPORTUNIDAD DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL:

Cada cruz que llevamos nos ofrece una oportunidad para crecer en nuestra vida espiritual. En medio del sufrimiento y las pruebas, somos invitados a buscar la fortaleza en la oración y en la fe. Estos momentos difíciles pueden ser tiempos de introspección y renovación, donde nos damos cuenta de nuestra dependencia de la gracia divina. La cruz, en este sentido, nos purifica y nos llama a confiar más plenamente en Dios, recordándonos que en la debilidad encontramos la fuerza de Su amor.

LA CRUZ Y LA COMUNIÓN CON LOS DEMÁS:

Las cruces diarias también nos enseñan sobre la importancia de la empatía y la solidaridad. Al enfrentar nuestras propias dificultades, desarrollamos una mayor comprensión hacia el sufrimiento de los demás. Esta empatía nos impulsa a ayudar y a ser un apoyo para quienes atraviesan pruebas similares. Así, nuestras cruces no solo nos transforman a nivel personal, sino que nos unen en la comunidad, creando lazos de apoyo y amor fraterno.

LA CRUZ Y LA ESPERANZA:

Aunque las cruces pueden parecer abrumadoras y desalentadoras, están infundidas de un profundo sentido de esperanza. Cada dificultad que enfrentamos es una oportunidad para descubrir la gracia de Dios en nuestras vidas. La Cruz de Cristo nos recuerda que, incluso en el sufrimiento, hay un propósito mayor y una promesa de redención. Esta perspectiva nos permite mirar más allá del dolor presente y encontrar consuelo en la certeza de que la luz de Dios brilla incluso en las situaciones más oscuras.

Conclusión:

Las cruces diarias, en su diversidad y dificultad, son una invitación a vivir con fe y esperanza. Nos desafían a crecer espiritualmente, a mostrar solidaridad con los demás y a mantenernos firmes en la esperanza de la redención. Al llevar nuestras cruces con amor y perseverancia, participamos del sacrificio de Cristo y encontramos en nuestras pruebas un camino hacia una vida más profunda y auténtica en la fe. Que cada cruz que llevamos nos acerque más a Dios y nos transforme en reflejos de Su amor y gracia.

CRISTOS VIVOS

Dame ojos, Señor, para verlos.

Coraje para mirarlos,

Espacio para entenderlos,

Manos para acariciarlos.

Que pueda reconocerte, En la rabia del parado, En la cama del enfermo, En la soledad del anciano.

Que yo no pase de largo

Ante la necesidad de mi hermano.

Que no calle la injusticia, Que no sucumba al engaño.

Dame fuerzas, Padre mío, Que quiero ser un regalo, Quiero devolverte un poco,

Por los cientos que me has dado.

Y aunque yo sólo no puedo tirar de lo encomendado,

Quiero ser tu cirineo, Por las calles de mi barrio, Con la gente que conozco, Con aquella a la que amo, Con el hermano que sufre Y también el que rechazo.

No me dejes, Padre mío, Que sabes que yo me canso, Pero no me cabe duda, Que cuando vaya a buscarlos, Encontraré a "Cristos vivos" A nuevos crucificados, Por los caminos de hoy, Y tú estarás a mi lado.

Tomo mi cruz y te sigo, Aquí tienes, Señor, mis manos,

Y en esa hora maldita, En la que cantan los gallos, No me dejes que te niegue, Recuérdame tu regalo:

Una vida con sentido,

Que allá en el monte Calvario, Se entregó para que yo, Ya no sufriera el pecado.

ERES TU MADERO SANTO

Eres tu Madero Santo

el árbol de la vida

Eres tu Madero santo

la puerta de la vida infinita

Eres tu Madero Santo

Donde el verbo fue clavado,

Eres tu Madero santo,

donde el precio fue pagado con su sangre bendita nuestros pecados

Has enjugado

Eres tu madero Santo,

el trono del rey del Barrio

el señor que contemplamos y que por amor se está entregando

Eres tu Madero santo

¡El testigo de aquel parto, que convirtió a María en Madre de los Cristianos!

Por eso tu Madre corredentora, recuérdanos señora ese signo que marca las almas

signo de un amor verdadero, cual a todos los males espanta, el terror de los infiernos y de las almas malvadas

Eres tu Madero santo la profecía que cristo encarna por el que llora un barrio entero acompañando a su Madre…… la Virgen de la Esperanza.

Mirándote a los ojos, Te contamos nuestra vida, Y todos nuestros recuerdos, Nuestras penas más amargas, Todos nuestros sentimientos.

Para cuando todo acabe, Pasarán horas y días,

Meses, primaveras, inviernos,

Y El seguirá en su capilla, Y en los corazones buenos.

Con espinas por corona, Con el madero por cetro, Con sus manos "dolorias" Abrazando a todo un pueblo, Perdonando nuestras culpas,

Prometiendo Amor eterno.

Ya su lado, fiel, Su Madre, Mujer vestida de cielo,

Reina de todos los ángeles, De todos, el mayor lucero.

¡¡Virgen concebida sin pecado!!! ¡Traspasada por espada de dolor!!!

¡Madre de todos los Hombres!!!

¡I Fiel esclava del Señor!!!

¡¡¡Es María!!!

¡n La del manto de esperanza!!!

¡!! ¡Madre que entrega su amor!!! ¡ Es María, Inmaculada!!!

¡Pura y limpia Concepción!!!

HE DICHO.